

Evocaciones de un antiguo alumno

Jesús Palacios
Universidad de Sevilla

Un tiempo, un lugar

Al igual que todos los lentísimos trenes de la época, aquél figuraba como rápido en los catálogos de Renfe. Hacía el trayecto Sevilla-Barcelona en aproximadamente veinticuatro horas, frecuentemente con estrambote. Además de hacer guasa diaria del concepto de rapidez, el tren traicionaba también el principio de reversibilidad operatoria, pues cambiaba de naturaleza según cuál fuera el sentido de su recorrido: siendo «El Catalán» cuando enfilaba hacia el norte, se transmutaba en «El Sevillano» cuando tortugueaba hacia el sur. La velocidad del convoy no se veía por ello alterada, fuera cual fuere la dirección de la marcha. A finales de los años 60 y principios de los 70, un tren así iba cargado de tipos y grupos curiosos. Al menos una vez al año, algunos de sus compartimentos más económicos eran ocupados por una laboriosa partida de jóvenes estudiantes de psicología que se pasaban buena parte del recorrido tableteando con unas máquinas de escribir portátiles que apoyaban donde mejor podían. Entre bocadillo y bocadillo, terminaban trabajos de fin de curso que habían de entregar a sus profesores de la Universidad de Barcelona. El viaje era agotador no sólo para las máquinas de escribir, pero valía la pena porque significaba el final de un curso académico y porque daba oportunidad de pasar unos días en la más que atractiva Barcelona de la época.

Mientras que ese grupo de estudiantes seguía los cursos de Psicología de la Universidad de Barcelona cabe el Guadalquivir en una improvisada Universidad a distancia, otros muchos jóvenes de toda España que en aquella época se sentían atraídos por la psicología se trasladaban a residir durante el curso en Barcelona y sus alrededores metropolitanos. En la época, sólo había dos opciones: la Universidad de Barcelona o la Complutense de Madrid. Y Madrid no se veía entonces como una ciudad particularmente atractiva, estrechamente asociada como

estaba al gris del régimen, dicho sea por hacerle un favor al color negro. Barcelona, por el contrario, era percibida como la puerta hacia Europa, una ciudad más abierta y colorista, culturalmente más rica y más cosmopolita. De manera es que allí se entonaban todos los acentos: el catalán, por supuesto, pero también el gallego, el andaluz, el castellano, el extremeño, el canario, el aragonés, el vasco...

Desenvolverse por la Barcelona de la época no era muy difícil. Además, siempre era posible encontrar alguna ocupación con la que conseguir lo necesario para comer y pagar el alquiler. Menudeaban los pisos compartidos, que se usaban como lugar de residencia, pero también, naturalmente, como enclaves propicios para encuentros de todo tipo, incluidas las reuniones políticas y las franquichelas. Eran también un buen lugar de estudio, siendo frecuentes las citas para intercambiar apuntes, preparar trabajos escritos de múltiple autoría y hablar de psicología.

La Universidad de la época estaba altamente politizada, en parte como reflejo algo pálido del reciente Mayo francés, en parte como consecuencia de la opresión de la dictadura y en parte porque el régimen iba ya entrando en su tortuosa recta final. El activismo universitario era incesante y provocaba continuamente reacciones de autoridades político-académicas que, desde el Ministerio o desde el rectorado, interrumpían la vida académica: se cerraban universidades (uno de los más célebres fue el cierre de la de Valladolid), se interrumpía el funcionamiento de facultades y escuelas, se decretaban «estados de excepción universitaria», se nombraban rectores-comisarios... La presencia de la entonces llamada policía armada (conocidos como «los grises» por el color de sus uniformes) era hecho cotidiano en los recintos universitarios: parejas de guardias paseaban por los claustros o fisgaban en las aulas. Se suponía que había también un cierto contingente de policía no uniformada travestida de estudiante. Ocasionalmente, estos infiltrados —o colegas suyos de ocupación— no podían reprimir el gesto de arrancar carteles y pasquines anti-régimen, labor ésta con la que en el viejo caserón de la Plaza de Universidad contaban a veces con la ayuda de algún catedrático que era recibido entre las arcadas de los patios con sonoras pitas y, ocasionalmente, con algún botecillo de pintura que ponía un poco de color en su habitual vestimenta también de color gris.

En medio de los rigores de la dictadura, la Universidad era un islote de democracia, con asambleas permanentes, manifestaciones, declaraciones anti-régimen, etc. Cualquiera de los muchos motivos que se daban era bueno para que prendiera la mecha de la asamblea, la protesta, el paro académico, la huelga general política. Eran tantos y tan frecuentes los conflictos que conceptos tales como el de «aprobado general político» o el de «huelga de exámenes», sonaban como lo más natural. Si había un conflicto serio en la Seat, allá iba una huelga en justa solidaridad con la clase trabajadora. Los conflictos rebasaban el ámbito de las aulas y se extendían a otros terrenos de la por lo demás empobrecida vida universitaria. Como ilustración, baste recordar los alborotos que de vez en cuando se producían en los comedores del SEU (Sindicato de Estudiantes Universitarios), que servían un rancho tan estragante que frecuentemente era saludado a golpe de cubierto sobre las mesas. Cuando el precio de la comida se incrementó en unas pocas pesetas, aquello pareció intolerable y se tomó la decisión de auto-

gestionar el servicio de comedor. ¿No era acaso la imposible decisión que más razonablemente se podía tomar?

Los acontecimientos de los cursos 1973-1974 y 1974-1975 constituyen un epitome de lo que era la vida universitaria de la época. El curso 1973-1974 fue el primero (y último) de vigencia del llamado «calendario juliano», que tomó su nombre de quien a la sazón desempeñaba la cartera de Educación, Julio Martínez. Este poeta y catedrático de Mineralogía decidió que el curso académico universitario debía coincidir con el año natural, empezando las clases en enero y terminando en diciembre. Así, las clases aquel año no empezaron hasta enero, para interrumpirse ya en febrero por alguna de las muchas buenas razones que la época propiciaba. Pero mientras tanto, se decidió volver al calendario tradicional, con lo que el curso terminó al comienzo del verano. El curso siguiente estuvo marcado por un larguísimo conflicto de los Profesores No Numerarios (PNNs), que permanecieron en un prolongado encierro en el Paraninfo mientras las delegaciones se pasaban el tiempo entre Madrid y Barcelona negociando con las autoridades del Ministerio y dando cuenta a la asamblea del curso de las conversaciones. Juntando esos dos cursos académicos, probablemente no se llegó a más de cinco o seis meses de clases.

Para entonces, los estudios de psicología habían pasado del ombligo de la ciudad en el patio de Letras en Plaza de Universidad, al *finis terrae* de Pedralbes. En el nuevo emplazamiento se estaba un poco como de incógnito, pues todo lo que las letras clavadas en el cemento anunciaban era la Escuela de Altos Estudios Mercantiles. A pesar de este astuto camuflaje, crecientes oleadas de nuevos estudiantes ávidos de psicología acababan por encontrar el lugar y por hallar acmodo en sus aulas, saliendo de allí al cabo de tres años con su flamante licenciatura.

Un contexto intelectual

Estaba entonces vigente un plan de estudios que era conocido como el «Plan Maluquer», versión *avant la page* (y en más de un aspecto, quizá mejor) de los planes de estudio que ahora se van implantando en todas nuestras universidades. Había asignaturas de tres tipos (A, B y C), algunas de las cuales eran básicas y obligatorias, mientras que otras eran optativas; según a qué grupo pertenecieran, las asignaturas tenían además distinto valor académico (es decir, eran equivalentes a un diferente número de créditos). El alumno podía hacerse un plan bastante a la carta, lo que propiciaba algunos menús disparatados, pero sobre todo una gran flexibilidad y bastante libertad para perseguir los propios intereses y las propias posibilidades. Era además factible cursar algunas asignaturas de otra especialidad para completar los «créditos» necesarios, y en el propio edificio de Mercantiles se podían seguir clases de geografía humana, de historia del cine o de la música, algunas de las cuales tenían unos muy aceptables índices de audiencia. Ruperto, el bedel, se multiplicaba dando la hora al final de las clases; su «¡Doctor, la hora!» resultaba de lo más irreal no sólo porque al tener que darlo en tantas clases el aviso llegaba siempre a destiempo, sino también y sobre todo porque el avisado no era casi nunca doctor.

Si los estudiantes procedían de todos los puntos de España, los profesores eran sacados también un poco de todos los rincones de la vida académica. Había un cierto contingente que procedía de lo que genérica y dadivosamente podríamos denominar Psicología: se trataba en su mayor parte de licenciados en Filosofía o en Pedagogía que habían cursado algunos estudios de Psicología en las llamadas Escuelas de Psicología, embriones de lo que luego habrían de ser las licenciaturas específicas. Pero al lado de estos primeros psicólogos (de formación a veces, de afición otras), había un cierto contingente de médicos que se hacían cargo de las asignaturas relacionadas con la psicopatología y con la psicofisiología y los fundamentos biológicos; algunos de estos profesores llegaron incluso a poner en marcha un «Laboratorio de Psicofisiología» que, *oh mirabile dictu*, albergaba algún aparato de medición. En tercer lugar, había un contingente de ingenieros que impartían las estadísticas; algunos de estos profesores no habían oído jamás hablar de psicología, y aún resuena en la memoria la referencia que uno de ellos hizo en clase a «un tal Piáguet». Un cuarto grupo, menos numeroso, lo constituían profesores que venían de la práctica profesional, ya fuera del diagnóstico escolar o de la selección de personal en las empresas. De todos los profesores de la época, los nombres de Miguel Siguan, Joaquín M^a Aragón y Carlos Ballús son los que primero vienen a la memoria por su trabajo y su magisterio, por el papel que ejercieron, por su labor de echar cimientos, por su entrega y dedicación.

Puesto que de año en año aumentaba el contingente de estudiantes y se hacían necesarios nuevos profesores, no era raro pasar de la condición de estudiante a la de profesor con tan sólo un verano de por medio. Además, como los contratos entonces no se hacían hasta una vez comenzado el curso, uno se enteraba de su elección tan sólo unos días antes de empezar las clases. Comenzaba entonces una carrera contra el reloj en la que el joven profesor aprendía hoy lo que tenía que explicar mañana. Naturalmente, las frecuentes interrupciones de la vida académica devolvían hábito tranquilo a quienes con esas premuras resollaban.

En parte por esas interrupciones frecuentes, era necesario entonces organizarse previendo que el curso no discurriera con normalidad. Quizá por eso abundaban los trabajos tanto o más que los exámenes como procedimiento para aprobar asignaturas. Ello propiciaba que los estudiantes se organizaran, dedicaran tiempo a la lectura de material y luego a la elaboración de trabajos que se hacían entre varios y que daban a quienes querían la ocasión de buscar libros, discutir con compañeros, consultar con profesores y poner por escrito el resultado de sus esfuerzos. No eran infrecuentes los grupos de discusión que se organizaban entre los propios alumnos, que se reunían en improvisados seminarios caseros para hablar de psicología, en ocasiones supervisados, dirigidos o, como mínimo, alentados por algunos inquietos profesores.

La penuria de libros era endémica: la producción propia no existía (o se limitaba a algunos apuntes ciclostilados) y las traducciones escaseaban. Como ejemplo, baste decir que el *Science and Human Behavior* de Skinner fue puesto en castellano por Fontanella casi veinte años después de su publicación original. Muchos de los libros de psicología que entonces podían leerse en castellano procedían de América Latina.

La psicología que se respiraba en la Universidad de Barcelona y la que más asiduamente allí llegaba, tenía acento francés. Las conexiones con París y con Ginebra eran bastante buenas y venían de antiguo. Piaget había estado ya en Barcelona a finales de los años 20, en el contexto de los activos intercambios a que dio lugar el movimiento reformista en educación del primer tercio del siglo. En 1970, Piaget recibe el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Barcelona. En ella estaban ya enseñando jóvenes profesores que habían completado su formación en Ginebra y que sabían estimular a muchos alumnos con propuestas de formación muy atractivas. A la Facultad de Ginebra y al Centro Internacional de Epistemología Genética marcharon (para después volver, afortunadamente) algunos recién licenciados en Psicología, que se incorporaron activamente al equipo de Piaget.

La conexión con París funcionaba asimismo con fluidez. También Wallon había estado en Barcelona, aunque por motivos y en circunstancias muy diferentes (en la guerra civil, para alentar a los soldados que defendían la legalidad republicana). Su heredero en la dirección del Laboratorio de Psicobiología Infantil, René Zazzo, había dado cobijo en el 41 de Gay Lussac a quienes de grado o por fuerza atravesaron la frontera en busca de otra realidad académica y política, de forma es que también entre los profesores de la época se encontraban quienes se habían formado junto al Sena. Los Zazzo estuvieron después en Barcelona impartiendo seminarios en el ICE que Miguel Siguan dirigía y sus trabajos siguieron siendo un punto de referencia durante mucho tiempo. La revista *Enfance* se recibía con regularidad y quizá fue la primera revista extranjera de Psicología que muchos tuvimos en nuestras manos.

Con las primeras promociones de licenciados empiezan las primeras tesis de licenciatura, que se presentaron en 1971. No por casualidad, las cinco que aquel año se leyeron entre junio y setiembre tocaban temas relacionados con lo evolutivo-educativo: la Psicología en el COU, génesis de la conservación de cantidades en dos medios socioculturales, prueba catalana para apreciar el nivel de conocimientos lingüísticos, rendimiento escolar en función de la inteligencia, y fonosaudición y conducta. Quizá como fruto de las buenas conexiones con Ginebra y París, por una parte, y del fenómeno del bilingüismo catalán-castellano, por otra, durante muchos años la Universidad de Barcelona fue conocida por los trabajos sobre desarrollo operatorio y sobre bilingüismo. Como herencia de aquella época y de esas realidades, ocurre aún que muchos de los trabajos que se hacen en el área de Psicología Básica de la Universidad de Barcelona podrían llevarse a cabo en el área de Psicología Evolutiva y de la Educación. Naturalmente, se trabajaba también sobre otros contenidos, algunos de los cuales adquirirían luego notable protagonismo. Por lo demás, muchos de los trabajos de la época eran revisiones bibliográficas en las que se trataba de compendiar la información disponible con los escasos medios existentes. No había dinero ni infraestructura para investigación, pero se iban ya haciendo algunos trabajos y se iban formando embriones de lo que habrían de ser posteriormente activos grupos de trabajo e investigación. En el segundo número de 1974, el *Anuario de Psicología* daba cuenta de las investigaciones en curso en el entonces Departamento de Psicología, investigaciones que agrupaba bajo siete epígrafes: psicofisiología, psicología

experimental, psicología genética, desarrollo del lenguaje, bilingüismo y sociolingüística.

Ni que decir tiene que el *Anuario de Psicología* era el recipiente de todos los trabajos que en la casa se producían. Publicaba también algunas traducciones y algunos trabajos venidos de fuera, pero la gran mayoría de los artículos que *Anuario* publicaba se cocían en la propia casa. Además, la revista incluyó desde el principio algunas secciones de gran utilidad, como la de información bibliográfica, crítica de libros, resúmenes de tesis y tesinas, etc. En éste y en otros sentidos, el papel jugado por la revista fue, ha sido y sigue siendo fundamental y no cabe duda de que la historia de la Psicología española durante las dos últimas décadas y media no podrá hacerse sin consultar las páginas de *Anuario*. Resulta por ello de lo más justo rendirle un homenaje especial con motivo de su 25 cumpleaños.

Vinieron también los primeros libros, en forma a veces de ensayo, a veces de manual para alumnos, a veces de recopilaciones de textos. Si hubiera que juzgar la aportación de la Universidad de Barcelona a la Psicología en estos veinticinco años, y si se utilizara cualquiera de los índices de productividad al uso tomando como referencia a todos los que allí han desarrollado su formación básica y su labor posterior, los resultados serían con toda seguridad muy positivos. Además, algunos de los de la casa jugaron, han jugado y siguen jugando un papel institucional relevante, y como muestra baste el botón del actual rector de la Universidad de Barcelona, Antonio Caparrós, vinculado a la casa prácticamente desde los comienzos de la Psicología en Barcelona.

Crecimiento y diáspora

Los años pasaban en un clima político cada vez menos excitado, pero cada vez más excitante: el dictador se fue al infierno cargando un enorme costal de pecados y llegó la apasionante época de la transición política. La Universidad ya no era un islote democrático, porque empezaba a ser posible hablar, reunirse y organizarse en casi cualquier sitio. Como ya se podía hacer política en otros lugares, empezó a producirse un cierto vaciamiento de actividad política dentro de la Universidad, fenómeno que no dejaría de intensificarse en años subsiguientes.

El alumnado de Psicología había seguido creciendo en número y, consiguientemente, se había ido produciendo un aumento de profesorado, de forma que los peroles que Aragó utilizaba para preparar sus célebres comidas campesinas tenían que ser cada vez más grandes. Los escasos despachos existentes en el edificio de Mercantiles eran cada vez más insuficientes, siendo el apiñamiento a veces insoportable. Las aulas se quedaban pequeñas y los pasillos estrechos. Con la normalización de la vida política se produjo también una normalización de la vida académica y entonces se echaban en falta espacios para laboratorios, lugares de reunión, seminarios, etc. El traslado de edificio se vivió por ello con alivio; además, lo único que había que hacer era cruzar la Diagonal y bajar la cuesta existente hasta el Camp Nou. En el nuevo edificio había espacios, aulario, seminarios, jardines, una cafetería amplia... El edificio se repartió por plantas,

de manera que la gente relacionada con Psicología General e Historia de la Psicología, junto a los de Psicología Social, se quedaron en la primera; los de Experimental se fueron a la segunda; Evolutiva, Diferencial y Psicodiagnóstico, a la tercera; Psicofisiología, a la cuarta. Todavía todos conocíamos a todos, pero aquello ya habría de durar poco, pues la contratación de más y más profesores, la aparición de los primeros becarios, la presencia de personas que hacían su doctorado, y la propia estructura del nuevo edificio, propiciaban ya un cierto desconocimiento mutuo.

Además, el crecimiento de la Psicología se había ido produciendo por toda España. Empezaron a surgir demandas de empleo en distintos ámbitos (colegios, clínicas, empresas, ejercicio privado...) y fueron muchos los jóvenes licenciados que pudieron dedicarse a aprender la profesión recién terminada su licenciatura. Simultáneamente, por toda la geografía universitaria española fueron ofreciéndose estudios de Psicología y muchos de los que habían sido alumnos en Barcelona se convirtieron luego en profesores en otros sitios. En este sentido, Barcelona (como la Complutense, por lo demás) fue el punto de partida de una diáspora de jóvenes licenciados que, fresca aún la encuadernación de sus tesinas o tesis, empezaban a formar núcleos de trabajo docente y de investigación en otros lugares de España. Si importante fue el núcleo de profesores que se quedó en la Facultad de Barcelona, ayudándola a crecer y enriqueciéndola, no menos lo fueron las «exportaciones» que desde Barcelona se hicieron, en muchos casos para devolver a su punto de partida a quienes, con el traqueteo de algún tren llamado rápido, habían acudido a su Universidad varios años atrás.

Noticias de casa

Pasados los años, son pocas las universidades a las que uno puede acudir en España en las que no se encuentra con viejos compañeros de la Universidad de Barcelona, encuentros en los que se evocan con nostalgia tiempos, lugares, personas, sucesos. Y han sido varias las oportunidades que la vida académica ha propiciado para volver a Barcelona. Es cierto que son tantas las caras y los nombres nuevos que uno podría sentirse perdido y como en un lugar desconocido. Quizá esa sensación de extrañamiento para quienes allí no estamos se vea intensificada cuando se produzca la reubicación de Psicología en su nuevo y polémico emplazamiento.

A pesar de todas las nuevas incorporaciones, a pesar de los cambios y los traslados, volver a la Universidad de Barcelona ha sido para mí a lo largo de los últimos diecisiete años algo así como volver a una casa conocida y querida, en la que uno se encuentra con viejos rincones, con viejos amigos y con montones de recuerdos. Allí pasé tres años como estudiante y otros tres como profesor ayudante. Naturalmente, nada es como era: ni Barcelona es la misma, ni la Facultad tiene mucho que ver con su pasado. Pero hay un cierto sello de la casa, un cierto ambiente, una atmósfera, que parecen haber conservado señas de identidad propias que uno puede reconocer y en las que a veces uno puede sentirse reconocido.

A lo largo de estos años, cada nuevo número de *Anuario de Psicología*

que ha ido llegando al buzón ha supuesto una alegría. Los contenidos se han ido diversificando y haciendo crecientemente complejos, al compás de la diversificación y la complejidad que han ido caracterizando a la Psicología en los últimos años. Ha ido cambiando el comité de redacción, se ha actualizado el diseño... Pero la revista ha seguido siendo la que era y ha seguido haciéndose dónde y cómo se hacía. Si volver a la Universidad de Barcelona ha sido en todo este tiempo como volver a casa, recibir cada nuevo número de *Anuario* ha sido como recibir noticias de casa. Y las noticias han ido siendo cada vez mejores en términos de contenidos, de colaboradores, de puntualidad, de interés y calidad. Por ello, por la importante función que ha cumplido y sigue cumpliendo, hay que dar las gracias al *Anuario* y a quienes lo han hecho y hacen posible con ocasión de éste su veinticinco aniversario; hay que felicitarle por tan respetable edad y desearle que para empezar cumpla al menos veinticinco más. Entonces, cuando tenga cincuenta, volveremos a hablar.



Portada del n° 2 (1977) de la revista *Índex* editada por los alumnos del Departamento de Psicología.

I Jornades Universitàries de Psicologia*

Sin duda, el fenómeno experimentado por la Psicología no tiene precedentes en comparación con cualquier otra modalidad de estudios universitarios. Concretamente en Barcelona,

* Este texto apareció publicado en el n° 2 (1977) de la revista *Índex* con motivo de la organización de las *I Jornades Universitàries de Psicologia*, que se celebraron del 24 al 29 de enero de 1977.

desde la creación del Departamento en el año 1968 hasta la fecha, la afluencia de estudiantes ha ido aumentando de manera considerable, llegando a constituir la especialidad con mayor índice de crecimiento.

Resulta ciertamente difícil encontrar una explicación lógica que justifique el hecho de esta inflación que registran los estudios de Psicología. Aunque sus condiciones esenciales son básicamente las mismas que en el resto de estudios universitarios (masificación, escaso nivel pedagógico y cultural, pérdida paulatina del valor de cambio de los títulos, desconexión total entre demanda social y producción de licenciados...), lo cierto es que todo ello ha revestido en el caso de la Psicología unas formas peculiares (solamente comparables a las experimentadas por los estudios de Sociología y Ciencias de la Información) que, de momento, no podemos entender sino como un reflejo particular de la represión político-cultural que ha padecido el país durante las últimas cuatro décadas y más concretamente en cuanto a los contenidos y formas educacionales se refiere.

Hoy por hoy, la situación tampoco es nada halagüeña, por el contrario, podríamos decir que estamos viviendo en toda su intensidad las profundas contradicciones heredadas durante este largo vacío histórico: la infraestructura universitaria ha demostrado resultar totalmente deficitaria, la calidad de la enseñanza prosigue degradándose, la titulación sigue representando un mero trámite burocrático...

Particularmente durante ocho años los estudios de Psicología se han tenido que impartir en Centros no propios del Departamento, las nuevas instalaciones siguen careciendo de las mínimas condiciones, el flujo de estudiantes sigue creciendo, las expectativas profesionales continúan siendo nulas...

Por otra parte, las posibilidades de actuación del psicólogo son amplísimas, pero la administración ha mantenido una actitud ignorante al respecto, con lo que todas las iniciativas han corrido a cargo de acciones individuales más o menos aisladas, como resultado de la falta absoluta de planificación en los puestos de trabajo; lo que conlleva, entre otras cosas, un intrusismo en el ejercicio de la profesión al carecer de una normativa jurídica que la defina y regule, etc.

Es a partir de los años 70 cuando empiezan a constituirse secciones de psicólogos en los respectivos Colegios de Licenciados, con una clara voluntad de ir creando todo un movimiento en defensa de la profesión y bajo una concepción muy diferente de la práctica actual de la Psicología.

El IV Simposium de Psicólogos realizado en Valladolid fue un paso decisivo para la clarificación de esta problemática. Así, en la carta dirigida a la opinión pública podemos ver:

«Concebimos la Psicología como un servicio público fundamental derivado del derecho que toda persona tiene a recibir asistencia para un mejor desarrollo de la personalidad a todos los niveles... Creemos que la actual práctica de la Psicología llevada a cabo por ciertos gabinetes privados no responde a dicha concepción por dos razones: a) porque sólo son las clases sociales más favorecidas las que pueden costear esta función, b) porque subordinan la calidad de dicha función a la obtención de beneficios económicos.»

De este Simposium salió la propuesta de realizar unas Jornadas Estatales de Psicología donde se reunieran psicólogos de toda España para dar una serie de alternativas a su situación profesional.

A nivel de Catalunya, la Sección de psicólogos del Colegio de Licenciados prevé también la realización de unas «Jornades Catalanes de Psicologia» para finales de marzo. En esta línea de tomar una posición activa frente a nuestra problemática, surge entre los estudiantes de Barcelona la necesidad de llevar adelante una tarea paralela en el marco de la Universidad, con objetivos propios.

Así a finales del curso pasado ya se empieza a trabajar en la organización de estas «I Jornades Universitàries de Psicologia» con la clara intención de que supongan una posibilidad

de abrir un amplio debate en torno a la Psicología y su función en la sociedad, así como un intento de ofrecer una plataforma de expresión a todos aquéllos que manifiesten su interés para exponer, discutir, analizar y clarificar nuestra situación. En este sentido, las «Jornades» ambicionan tener una proyección no sólo académica o científica, sino plenamente social, que ponga en contacto a la Psicología con su realidad más inmediata y que contribuya a descubrir nuevos horizontes en su teoría y su práctica. Todo ello en la perspectiva de ayudar a terminar con la desorientación, la dispersión y la disgregación con que hasta ahora nos hemos enfrentado como estudiantes y como profesionales, y con el decidido propósito de que estas «Jornades» permitan articular un principio de *cohesión* profesional, técnica e ideológica entre los psicólogos de nuestro país.

En esta dirección, creemos que existen unas mínimas reivindicaciones que recogen de una manera explícita nuestras aspiraciones más inmediatas y que pensamos debieran plantearse en estas «Jornades».

A nivel estudiantil, la consecución de una Facultad independiente y experimental —entendemos que esta reivindicación no debe ser tomada como un propósito de dar al departamento una orientación experimentalista, sino como un medio de conseguir un presupuesto mayor— dotada de los medios necesarios: aulas, bibliotecas, laboratorios, etc., para poder desarrollar su correcta función docente.

Una anatomía universitaria que permita organizar todos los estudios de Psicología en la forma que se crea más conveniente, así como contratar su propio profesorado.

Una participación democrática en los órganos de gestión del Departamento y de la futura Facultad.

Y una titulación única en Psicología.

A nivel profesional, reconocimiento de la profesión del psicólogo, lo cual implica adoptar una política de creación de puestos de trabajo y una planificación de las necesidades sociales en este campo.

Definición del marco jurídico del psicólogo, lo cual implica la elaboración del estatuto del psicólogo.

Reconocimiento del derecho a la organización para la defensa de la profesión, lo cual implica la creación de un Colegio Profesional de Psicólogos.

Para la realización de estas «Jornades» se cuenta con la colaboración del Departamento lo que no es óbice para que existan serias dificultades de organización dada la anómala situación universitaria actual, así como por carecer totalmente de presupuesto alguno. No obstante, sea cual fuere el resultado que obtengamos de su celebración, hay que decir que representará, antes que nada, la cristalización del esfuerzo conjunto de estudiantes y licenciados.

Merece especial atención resaltar la participación de la Vocalía de la Zona Catalano-Balear, de la Federación Española de Cine Clubs, así como de la Sección «Fructuós Gelabert» del Instituto del Teatro de la Diputación de Barcelona, mediante una amplia programación de filmografía de temáticas de interés psicológico, que tendrán lugar durante la realización de estas «Jornades».

Por último, queremos expresar también nuestro agradecimiento a todos aquellos profesionales que han brindado su colaboración para la efectiva materialización de estas «Jornades».

Y, al mismo tiempo, realizar una invitación a todos cuantos quieran aportar, desde cualquier ámbito y perspectiva, algún elemento para ayudar a configurar la realidad final de estas «Jornades».